

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

HOJA 34

EVANGELIO DE LA SEMANA

Marcos 14,12-16.22-26

El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: - ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua? Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

- Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidlo, y en la casa en que entre decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?"

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: - Tomad, esto es mi cuerpo.

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron. Y les dijo: - Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vida hasta que beba el vino nuevo en el Reino de Dios. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos.

Esta semana: **MISIÓN: Comunidades humanas, acogedoras y misioneras**

VERDADES ESENCIALES DE LA FE: La Comunión de los Santos

COMUNIDADES HUMANAS, ACOGEDORAS Y MISIONERAS

Juan Pablo II: *«La verdadera comunidad cristiana se compromete también a distribuir los bienes terrenos para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes según su necesidad».*



En el capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles encontramos el origen de la anterior cita papal: *«Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común; vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno. A diario acudían fielmente y unánimes al templo; en sus casas partían el pan, compartían la comida con alegría y sencillez sincera».*

Comunidad significa compartir. El sentido que le daban las primeras comunidades al verbo compartir es muy distinto, cualitativa y cuantitativamente, al que podemos ver entre nosotros; por eso insiste el Papa Juan Pablo II que una comunidad cristiana sólo merece este nombre si recupera para sí el modelo de vida en común que los Apóstoles propiciaban en las primeras comunidades de creyentes a medida que éstas asumían su fe y organizaban sus propias asambleas.

Las enseñanzas de Jesús configuran el nuevo pueblo de Dios, una familia de creyentes que demuestra con su comportamiento lo que determina el seguimiento de su palabra y el camino que nos indica su Espíritu (1 Pd 2, 9-10); un pueblo nuevo que, con su forma de vida y conducta, acoge e invita a todos pueblos a integrarse en su seno.

La comunidad cristiana, por lo tanto, no puede ser un grupo humano cerrado entorno a los bienes, espirituales o materiales, que comparten sus miembros, sino que alcanza su verdadera dimensión evangélica en la apertura a los demás, en el ofrecimiento de acogida y comprensión a todo el que se le acerca con problemas o pidiendo ayuda y en la tarea misionera que todos debemos ejercer con la vivencia pública de nuestra fe y nuestro compromiso con los más necesitados; porque, como nos recuerda la *Redemptoris Missio*, *«aún antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación».*

En los primeros tiempos del cristianismo se hablaba de la fascinación, de la admiración y de la capacidad de atracción de los cristianos que vivían en

comunidades muy diferentes a las de los grupos sociales de su tiempo y que, con su estilo y una forma de vida, ofrecían a todo su entorno una poderosa y atractiva invitación a compartirla con ellos, asumiendo los revolucionarios valores que había traído consigo la misión evangelizadora de los Apóstoles y sus primeros discípulos.

Hablar, pues, de Comunidades humanas, acogedoras y misioneras es lo mismo que hablar de comunidades cristianas al estilo de los apóstoles que recibieron el mandato misionero (*«Id y predicad y haced...»*) de Jesús y la guía para el camino de la conversión, del Espíritu. Comunidades que ven en los hombres la imagen de Dios, en los necesitados la figura de Jesús y en los pueblos que no conocen ni al Padre ni al Hijo, un campo sediento de siembra de los carismas del Espíritu Santo.

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Después de haber confesado “La Santa Iglesia Católica en el Símbolo de los Apóstoles añade “la comunión de los santos”. Este artículo es, en cierto modo, una explicitación del anterior. Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros...



Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que El es la Cabeza. Así, el bien de Cristo es comunicado a todos los miembros, en la Eucaristía y los demás sacramentos de la Iglesia.

La expresión “comunión de los santos” tiene entonces dos significados estrechamente relacionados: “comunión en las cosas santas” y “comunión entre las personas santas”.

Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que ahora peregrinan en la tierra, y de los que nos precedieron, y de todos los se unen en una sola Iglesia; y creemos que en esa comunión está a nuestras disposición el amor misericordioso de Dios y sus santos.

Pero después de los cambios culturales acontecidos en nuestra sociedad, resulta difícil hablar de este y de otros elementos de la esperanza cristiana. Ya no vale una insistencia en el “más allá”, o la vida futura mientras ello no tenga un reflejo tangible en el “mas acá”.

Para el hombre moderno si la fe es algo valioso, algo que merece la pena, tiene que tener un reflejo en esta vida ya ahora.

La energía de muchos hombres de buena voluntad se centra en trabajar por un mundo mejor en el terreno de la justicia. Contribuir a una sociedad más justa y mejor, aquí y ahora. Muchas veces eso lleva a un silencio sobre lo último, la esperanza en su radicalidad como “más allá de esta vida” y una concentración excesiva por excluyente en temas sociales. Dicho de otro modo, hay a veces un silencio excesivo sobre estos temas últimos y concernientes a la esperanza cristiana.

- La esperanza cristiana es una pasión gozosa. Los cristianos estamos en la vida gozosamente esperando la venida del Señor. No se trata de una esperanza pasiva sino un vivir de otro modo, que incluye las relaciones personales contagiadas del misterio de comunión que nos alimenta y sostiene.
- ¿Qué esperamos los cristianos en la historia? Para empezar, que Dios nos da y nos seguirá dando el Espíritu Santo, aunque debemos pedirlo (*¿Qué padre si su hijo le pide pan le dará una piedra?...*). Pero el Reino no se instaura sin nuestra colaboración, hay que vencer resistencias, para empezar de nuestro propio pecado, pero además hay que trabajar para que este mundo se parezca cada vez más a esa familia unida que Dios quiere. La esperanza cristiana, por encarnada, es una esperanza que ama la tierra. Toda la historia está bajo la salvación, todo está llamado a la recapitulación en Cristo.
- El cristiano reconoce en la historia de Israel la marcha hacia la culminación de la historia. El tiempo no es mero discurrir, está cargado de densidad, porque es lugar y espacio donde actúa Dios. La historia, el tiempo y el espacio son “lugares” donde Él se manifiesta.

ORACIÓN

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
, muéveme ver tu cuerpo tan herido,

muéveme tus afrentas y tu muerte
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.